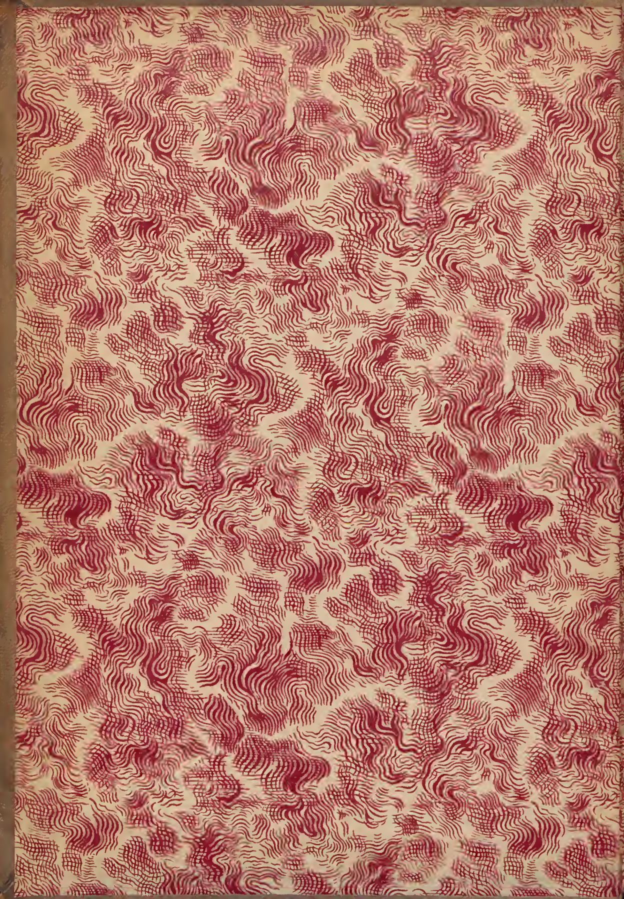
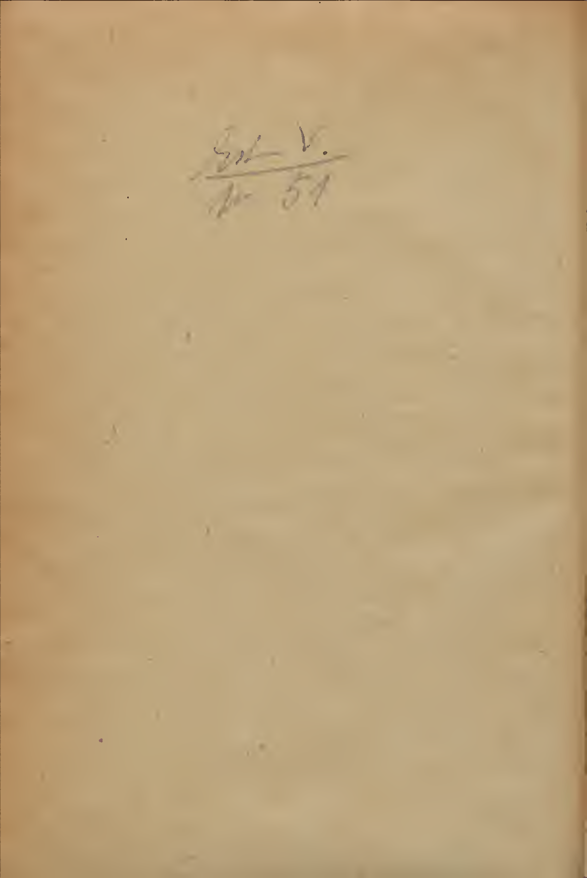

DE
A
51





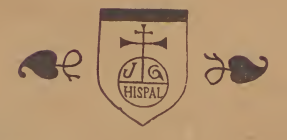


DE SEVILLA A GUADALUPE

BREVES APUNTES TOMADOS A VUELA PLUMA

POR

José Gestoso y Pérez



En la oficina de EL CORREO DE ANDALUCÍA
SEVILLA.–1913



DE SEVILLA A GUADALUPE

DE SEVILLA A GUADALUPE

BREVES APUNTES TOMADOS A VUELA PLUMA

POR

José Gestoso y Pérez



En la oficina de EL CORREO DE ANDALUCÍA
SEVILLA.—1913

Al Sr. D. Manuel de Solis
y Desmaissieres

EN TESTIMONIO DE RECONOCIMIENTO
Y DE AFECTUOSA AMISTAD,

J, GESTOSO Y PÉREZ



De Sevilla a Guadalupe

— I —

Mucho tiempo hace que la más viva curiosidad y que el interés más profundo bullían en mi mente, estimulándome a conocer las riquezas artísticas que guarda el grandioso santuario, en que la fe y el arte de nuestros mayores atesoraron maravillas, cuya enumeración conocía por los relatos de los historiadores antiguos y modernos, avivándose en mí más y más este deseo, después de las publicaciones del docto D. Elías Tormo y de las más recientes de los entusiastas PP. franciscanos Acemel y Rubio; pero los años que ya van pesándome más de lo que yo quisiera, la salud menos que mediana, la considerable distancia que hay que recorrer, amén de las molestias que traen consigo largos viajes por pueblos en que todavía

se vive a la *española antigua*, quiero decir, casi a *la pata* a *la llana*, refrenaban mis impulsos, aquietaban mis vehemencias y hacíanme desistir de todo propósito. Pero, cuando más conforme estaba, cuando ya había renunciado a realizar la excursión, quiso mi buena estrella depararme medios y cuáles serían éstos, que sin vacilar un momento hube de aceptarlos, con verdadero júbilo.

Mi buen amigo D. Manuel de Solís y Desmaissieres, cuyo espíritu culto ha tiempo que esperimenta nobles entusiasmos por el arte y por las letras, propúsome la expedición en su automovil, única manera cómoda y rápida de hacerla. Si la bondad de tan generoso amigo, me ha proporcionado el íntimo goce de haber visto tanta y tanta magnificencia artística, curiosidades sin cuento e interesantes objetos, si los recuerdos e impresiones imborrables, de un cúmulo de bellezas a él los debo: ¿qué menos que testimoniarle aquí mi reconocimiento? Concédaseme, siquiera, ponerme a salvo del calificativo de ingrato.

Una vez convenido el itinerario que habíamos de seguir, los lugares en que habíamos de detenernos, sin más ni menos, contando también con la grata compañía de D. Lorenzo Fernández Pasalagua, confiados en la Divina Providencia, nos posesionamos de la excelente màquina y en martes y en 13 a las 9 de la mañana (dicho sea esto de paso para los supersticiosos) comenzamos a salvar distancias y

—con un ciego correr que al rayo excede— según Campoamor,—llegábamos a Zafra a la una menos cuarto, una vez recorridos ¡151 kilómetros!, en los cuales, la brava Sierra Morena con sus hermosas dehesas, sembradas de florecillas de mil colores, con sus valles y cañadas habían distraido nuestra vista con los más bellos y variados panoramas. Después de almorzar en el restaurant de la estación de Zafra, muy bien, ciertamente (por lo que recomiendo su mesa a los turistas), acompañados del atentísimo D. Marcos de la Higuera, dueño del mencionado restaurant, que se brindó a servirnos de cicerone, nos pusimos en marcha hacia la población, dirigiéndonos primero a su grandioso castillo, de los Duques de Feria, pues de antemano tenía yo noticias de que merecía ser visto. Lo merece en efecto. Su imponente y majestuosa mole sorprende y sus nueve altas torres, rectangulares unas y cilíndricas otras, y sus altos muros almenados, ofrecen un grandioso aspecto. Está construido con piedra del país, de basta mampostería y penetrando por la puerta llamada del Acebuchal, hallamos a la derecha un gran cuerpo de edificio adosado a la fortaleza, obra severa de los albores del siglo XVII, de ladrillo rojo y zócalo y marcos de granito. En la fachada de aquélla álzanse cuatro torreones, y entre los dos del centro la puerta, con sencillo arco de medio punto, sobre el cual hay un ajimez de piedra de pequeñas proporciones, cuyos arqui-

tos de ojiva túmida voltean sobre sencillo parteluz sogueado, el cual asienta en un trozo rectangular de granito, que contiene esculpidos en letra gótica, o francesa, como dicen algunos, los apellidos *Figueroa* y *Villena.*

Debajo de éste, avanza un gran matacán y en el espacio que media entre sus canes y la arista del arco, se ven los escudos de los Suárez de Figueroa y de Manuel de Villena, toscamentes esculpidos en piedra franca, con una inscripción en caracteres romanos, que nos dice fué comenzada su labra en 1437 por don Lorenzo Suárez de Figueroa, hijo de D. Gomez Suárez, cuyo sepulcro vemos en el artístico templo de nuestra Universidad. Adosados a los muros de la fachada del castillo, vénse dos cuerpos de edificio, de fábrica de la primera mitad del siglo XVI. Rematan con antepechos de balaustres de marmol y sus varias grandes ventanas están defendidas por rejas con balaustres sencillos de esmerada forja, unidos entre sí por adornos, todavía de gusto ojival, y de la misma labor. Pasada la puerta hállase un hermoso patio con robustos pilares, que sostienen arcos de medio punto, adornados por sencillas cornisas de marmol, que figuran descansar sobre ménsulas de la misma materia. Ajústase esta parte del edificio al orden dórico, y sobre dichas arcadas se alzan otras análogas, que pertenecen al jónico. Bien se echa de ver que los magnates poseedores del castillo en el siglo XVI trataron con esta

y otras obras de labrarse cómoda vivienda, alterando la disposición primitiva de la fortaleza.

En el piso alto consérvase un bellísimo techo, que debió haber formado parte de la capilla. Sobre planta cuadrada hay una cúpula octogonal con pechinas en los ángulos; todo ello cubierto con profusa labor de hojas y tallos enlazados. El friso, gótico, de muy fina labor, está dividido en numerosos espacios, limitados por pilaretes con filigranadas agujas, formando a modo de hornacinas, cuyos cuerpos avanzaban de la linea del paramento, y en el interior de cada una debió haber sendas estatuitas, de las que no queda ninguna. Tan hermosa obra de carpintería de lo blanco está dorada y su tono general seduce por la hermosa pátina que le han dado los siglos.

De la misma época que el techo mencionado, o sea de fines del siglo XV o de los albores del XVI es otro que vimos en una sala de regulares dimensiones, adornado con una sencilla lacería formada por molduras doradas con filetes rojos y en las estrellas centrales, bellas macollas góticas, esculpidas finamente y así mismo doradas. El friso plano, dispuesto en forma atalusada, ostenta en recuerdos, alternando con los escudos cuartelados de los Suárez de Figueroa y de los Manuel de Villena, otros en igual forma dispuestos, con unos perros de gules y cinco estrellas doradas. Es curioso el revestimiento de una pequeña puerta compuesto

por escamas de chapas de hierro, que sujetan en sus centros clavos pequeños esféricos. En los pavimentos de algunas de las habitaciones se ven ya muy gastadas, olambrillas que estimamos sevillanas. En los lienzos de murallas de oriente y occidente hay unas hermosas galerías, de arcos rebajados, columnas y balaustres de marmol blanco, construidas en el siglo XVI, desde donde se disfrutan bellos panoramas.

No debo omitir un detalle interesante para la historia de la pintura andaluza, cual es el de las ejecutadas ¿al fresco? que decoran los zócalos de la gran torre circular del castillo, las cuales me hicieron recordar las de los patios de S. Isidoro del Campo en Santiponce y las de la Sala del Consejo de nuestro Alcázar. La decoración general se compone de grandes tableros cuadrados, con labores de dibujos geométricos; conteniendo algunos en sus centros, escudos: dichos espacios alternan con otros rectangulares, destinados a figuras, de ellas consérvase una de mujer, con el tocado característico, de los cuernos, según el gusto francés, muy en boga en los tiempos de D. Juan II, la cual lleva en las manos una filacteria con letra gótica, de la misma forma que otras que acompañan a los escudos referidos, cuyo significado, no me fué posible interpretar por la premura del tiempo. Los colores empleados son, almagra, blanco, amarillo claro, y gris, todo perfilado con negro. Estimo que entre la

ejecución de estas pinturas y las de S. Isidoro del Campo no ha de mediar mucho tiempo y acaso las unas y las otras pueden ser del mismo artista y en tal concepto las recomiendo a los inteligentes.

Sobre el vano de entrada a esta torre hay una piedra, esculpida en caracteres góticos, en que consta que el *Alcazar fué terminado en 1434*, fecha que parece contradecir a la que dejo citada existente sobre la puerta de ingreso al castillo, en que se dice que fué comenzado en 1437.

En la iglesia aneja a aquel, construída como dije al principio, en los comienzos del siglo XVII solo hay que observar la estatua orante de marmol blanco y de regular mérito, colocada en un nicho del lado del evangelio, que según su inscripción representa a D.ª Margarita Harinton, hija de Jacobo, barón de Exton y de D.ª Luisa hija de Guillermo Sidney, vizconde de Lisle y barón de Renhurt mujer de D. Benito de Cisneros, fallecida en Madrid en 1601. D.ª Juana Dormer duquesa de Feria, su prima albacea y patrona, mandó hacer la capilla y sepultura. En otro nicho opuesto yace la dicha Sra. D.ª Juana, pero sin estatua, pues, o no llegó a hacérsele o ha desaparecido.

Sin tomar aliento bajamos desde el castillo al convento de Sta. Clara. Los restos decorativos de su antigua portada, escudos, figuras y un elegante casco baul con los arranques de elegantes lambrequines, de mar-

cado sabor alemán o flamenco, previenen ya al visitante.

Sobre la pequeña puerta claustral de fines del XV, hay una larga incripción flanqueada a sus lados con los escudos de Figueroas y Mendozas, en la que consta que dichos señores fueron los fundadores y en el ángulo de la derecha existe una hermosísima estatua romana de varón, del mejor tiempo, falta de cabeza, brazos y pies, pero cuyos correctos y elegantes paños llaman poderosamente la atención.

Una vez en el interior del templo atrajeron mi vista, no dejándome tiempo para reparar en otros pormenores, las singulares estatuas yacentes de D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Córdoba y de Dª Isabel de Mendoza, duques de Feria y de D. Iñigo de Mendoza y Figueroa. Faltan calificativos para elogiar el mérito de estas figuras, y no titubeo en decir que son de las más excelentes que existen en España, dentro del arte gótico. Indudablemente las tres estuvieron sobre urnas, elevadas al pie de las gradas del presbiterio, y como en tantos otros casos análogos, andando los tiempos, *estorbaron*, y en tal virtud, desbaratadas las urnas, pusieron de pie las de D. Lorenzo y Dª Isabel y en un nicho, que fué abierto en el lado del evangelio, quedó tendida la de D. Iñigo: gracias que los tallados tableros con escudos y filacterias que adornaban exteriormente las urnas también se salvaron y pueden ser admirados A la vista de aquellos prodigios de cincel

no se ocurre más que preguntar: ¿quién habría hecho tales maravillas,? y claro es, que como los años nos enseña a reconocer lo poco o nada que se sabe, viene la callada por respuesta. Sin embargo, por lo que valga allá va mi opinión. Estimo las tres estatuas de mano de Anequin de Egas, que según consta de los documentos publicados por los PP. franciscanos Acemel y Rubio labraba el notabilísimo sepulcro de D. Alfonso de Velasco después de 1467, fecha en la que D. Lorenzo Suárez de Figueroa ocupàbase en levantar la fortaleza y castillo de Zafra, que terminaba en 1513. Ignoro la fecha del fallecimiento de este magnate, pero no repugna aceptar que el maestro Egas al mismo tiempo que esculpía el sepulcro de los Velasco, hiciese tambien el dedicado a los Figueroas, ni tampoco que hubiese ejecutado las tres estatuas de Zafra antes de morir los Duques, pues no era costumbre desusada entonces labrarse en vida los enterramientos. Compárense pues las expresiones de los rostros, forma de los cabellos y las elegantes proporciones de las esculturas de Sta. Clara con las de Guadalupe, la delicadeza del cincel para los pormenores, la manera angulosa de disponer los paños, la colocación del correaje de las espadas, la finura y movimiento de las cardinas, el modo de jugar con las cintas, en la urna sepulcral del P. Illescas y hasta la forma elegantísima y fina de las inscripciones góticas contenidas en ésta, y se verá que el gran ima-

ginero bruselense no se habría desdeñado de firmar las esculturas de que trato. Al maestro D. Elías Tormo y a los diligentes PP. franciscanos ultimamente nombrados, recomiendo el punto. Estudiénlo y digan.

Volaba el tiempo, y no podía perderse un minuto; todavía sin embargo, nos asomamos a la portada del Hospital de Santiago, del tiempo de los Reyes Católicos; que la componen un arco carpanel inscrito en un regtángulo con sus correspondientes baquetoncillos; sus tracerías sus estribos terminados en agujas, y encima de la puerta, ancha hornacina con vano conopial y una pintura en el fondo que habría seguramente sustituido a otra del siglo XV—XVI y sin detenernos ya en minuciosos pormenores de templos, casas y calles, emprendimos el camino de Cáceres, donde llegamos al oscurecer, si bien cansados del cuerpo, con espíritu animoso, al punto que dejado el coche, todavía quedaron bríos para dar una vuelta por las calles principales, pero lo que allí vimos quedará para otro artículo.

II

Creo que la mayoría de los artistas, críticos y arqueólogos españoles, apenas si conocen más que parte de los tesoros monumentales y artísticos de la patria, y hoy que contamos con exactos y económicos medios gráficos; hoy que el Estado viene invirtiendo cuantiosas sumas en la formación de la Estadística comprensiva de toda esa riqueza, para que a medida que va haciéndose duerma el sueño del olvido en los depósitos del Ministerio de Instrucción pública, sin fruto para nadie, estimo que debería pensarse por los Comités turistas en remediar esta ignorancia, publicando álbumes o guías con muy excaso texto, pero, con profusion de vistas, en que apareciesen los monumentos importantes o típicos de cada ciudad, villa o aldea. Ocurríaseme ésto al vagar por las calles de Cáceres, hallándome a cada paso con inesperados motivos de grata sorpresa o de admiración. El gran recinto de sus mura-

llas, romano-arábigas, con sus robustas torres, sus empinadas y estrechas callejuelas, que ya suben o bajan, acomodándose a la topografía del terreno, sus pasadizos que van de un muro a otro; las diferencias de alturas y formas de sus casas, las torres y miradores, los vanos ajimezados, las suntuosas portadas de señoriales viviendas; en los descarnados muros, enormes escudos, rejas góticas o del renacimiento, casi cubiertas por matas de parietarias y de geráneos de todos colores, ventanillas abiertas en los muros, en cuyos alféizares lucen tiestos de variadas formas y tamaños, henchidos de flores, carcomidas puertas con hermosas clavazones; y torres y cúpulas sobresaliendo entre la masa rojiza de los tejados, y estrechas encrucijadas con sus retablos, todo ello en suma, ofrece un conjunto tan artístico, tan pintoresco, que sólo puede compararse con el de la imperial Toledo. Dejando el centro de la población, internándonos en sus callejones, parécenos vivir en plena Edad Media; apenas si hallamos gentes en nuestro camino, en el cual crece la hierba a su sabor, ningún gran ruido distrae, sólo la vista se recrea descubriendo algunos de esos curiosos detalles constructivos de mudéjar albañilería o de los canteros del renacimiento. No olvidaré la impresión que me produjo, cuando al volver el recodo de estrecha callejuela me encontré de pronto en la plaza de la Iglesia Mayor. ¡Qué aspecto tan castizamente español el de sus edificios!. ¡Qué

variedad de estilos, de formas, de proporciones y de materiales constructivos! De una parte los arquitectos mudéjares conservando antiguas tradiciones, de otra los canteros del último período ojival, trabajando en amigable consorcio con los que seguían las prácticas del renacimiento, mientras que algunos pormenores delatábanme a los artistas para quienes no eran desconocidos los gustos de Flandes o de Alemania, precisamente en la forma y colocación de los grandes escudos orlados de caprichosos lambrequines. Ocupa uno de los frentes la iglesia mayor; toda de piedra franca; con sencillas portadas góticas muy sóbrias de adornos, pues hállanse compuestas solamente por ligeros baquetones, cuyas líneas se prolongan hasta formar las archivoltas; los muros altos están perforados con vanos de medio punto y anàloga disposición que las portadas, sin que falte en su cuadrada y robusta torre, no terminada de construir, hermoso escudo, tal vez del Dr. Sancho Carrasco, que hubo de aumentarle el segundo cuerpo. El interior de este templo acomódase al estilo ojival terciario; sus pilares son relativamente cortos y robustos y a su excasa luz vense interesantes sepulcros, en su mayoría de labor basta, al gusto del renacimiento. Su retablo mayor es de buena traza de esta misma época; sus imágenes y adornos magistralmente esculpidos, dícese que son obras de Guillermo Ferraz y de Roque Balduque, notables en-

talladores que trabajaron el primero en nuestras Casas Capitulares y en la Catedral, y el segundo en la misma Santa Iglesia. Roque Balduc, Bolduque o Balduque, cuyo verdadero apellido fué *Bois le duc*, me inclino a creer que nació en Cambray, a lo menos, esta ciudad fué patria de un hermano suyo, y además de las obras que dejó en Sevilla; hizolas también para otras poblaciones, según puede verse en el tomo III de mi "Diccionario de Artífices". Tal vez falleció en esta capital en 1560 en que otorgó su testamento hallándose enfermo. El retablo de Cáceres, es, sin duda, una de sus más importantes obras, pudiendo apreciarse muy bien su mérito; porque no llegó a ser dorado y por tanto, consérvanse puras las huellas de los cinceles de sus autores. En el pavimento de esta iglesia hay numerosas lápidas sepulcrales que recomendamos a los curiosos.

De nuevo en la plaza, ¡cuántos motivos de interés solicitaban nuestra atención!

En un espacio relativamente reducido veíamos alzarse la severa fachada del Palacio Arzobispal, con su gran escudo en la parte superior, junto al tejado, sus tres huecos en la principal, su portada de sillería, de vano semicircular con dovelas almohadilladas, que flanquean sendas columnas sobre pedestales y a uno y a otro lado ventanas defendidas con sencillas y elegantes rejas. Casi formando ángulo y también parte de una calle que va por detrás del Palacio, una señorial vivienda

más ricamente decorada, en cuyo tercio superior se ostenta un escudo, que resalta sobre una gran águila esployada hecha *al sgraffiato*: a los lados sendos balcones; bajo éstos, otro gran escudo encerrado en un óvalo valientemente esculpido, como lo están asimismo los pormenores arquitectónicos de su portada. De otro lado la severa y amplia fachada de la casa palacio de los Condes de Torre Mayoralgo, cuyo tercio central está circunscrito por dos robustos baquetones que se apoyan en ménsulas. Un arco sencillísimo de medio punto con enormes dovelas de piedra franca sirve de ingreso, y a la altura de la línea de su clave hay dos balcones ajimezados, cuyos barandales están sostenidos por enormes tornapuntas, siendo de notar que dichon vanos no se hallan centrados con relación a dichos antepechos, sino que éstos se prolongan mucho más por sus extremos izquierdo y derecho respectivamente, porque estorban a su simetría dos molduras perpendiculares que limitan un espacio, en el cual, muéstrase un escudo en alto relieve, timbrado de un casco y enriquecido de revesados lambrequines, magistralmente esculpidos.

Pero de entre las monumentales fábricas, que por decirlo así acompañan a la del templo, formando un conjunto admirable; en la que más se determina el espíritu de la raza, el carácter español de aquel

"Inmenso sig'o, de gigantes,
que abrió Colón y que cerró Cervantes"

es en la casa palacio delos Golfines, que si bien los progenitores de este linage procedían de Francia, y en poblaciones extremeñas se establecieron en el siglo XIV, sembrando entonces por toda la tierra el terror y llevando la desolación por donde iban sus mesnadas, ya en el siglo XVI, hallábanse más que españolizados, y los miembros de la ilustre familia, emparentando con las más nobles de la comarca, gozaron del mayor prestigio y autoridad.

Severa y majestuosa álzase la fachada de de la señorial mansión. En sus muros de piedra, en sus elevados y robustos torreones, muéstrase latente la soberbia de sus dueños, que para demostrar su poderío, para que nadie ignorase quienes eran sus moradores, hicieron gravar debajo del gran escudo familiar, enriquecido de profusos lambrequines, dentro de una sencilla tarjeta, de la cual pende laureada guirnalda, la siguiente frase esculpida en hermosa letra romana:

ESTA ES LA CASA
DE LOS GOLFINES

No puede decirse más en menos palabras.

Elegante antepecho con fantasias del estilo plateresco corona parte de la fachada, y con-

cluye en la arista del torreón mayor que forma el ángulo de la derecha y en el espacio de muro comprendido de la primera a la segunda torre citada, hállase la puerta, con vano de medio punto, formado por grandes dovelas: encima una ventana rectangular con sencillísima reja, y sobre ella, casi tocando con la cornisa en que asienta el antepecho, un ajimez, que ofrece la particularidad de que el capitel de su parteluz ocúltalo un escudo de mármol viéndose otro tallado en la misma piedra franca, en el espacio que media entre el ajimez y la ventana. Limitan estos huecos, en sentido vertical sendas molduras, que al llegar a la clave del mencionado ajimez cobíjanlo, formando al unirse como a manera de un arco, lijeramente lobulado: bajan ingleteando por los muros; formando un primer ángulo sobre la ventana, otro segundo en la parte inferior de ésta, dejando espacios para sendos escudos, y descansan por último en sencillas ménsulas.

El torreón principal está cubierto con tejado y en cada uno de sus frentes hay dos vanos, de arcos sumamente rebajados; vese después en el muro de fachada otro hueco rectangular, el cual debió facilitar el paso al enorme matacán, del que sólo se conservan los robustos canes que lo sustentaban. Ventanas, ventanillos y balcones rompen los muros, sin el empachoso rigor simétrico, que es el encanto del vulgo, y del cual no se preocupaban muchos

los antiguos constructores con más sentido artístico que la mayoría de los modernos.

No sin pena abandonamos aquel lugar, que nos atraía como el imán al acero, mas por fuerza había que dejarlo, y sin rumbo, al acaso, llegamos a la plazoleta en que se alza la iglesia de S. Mateo, en la cual se están verificando actualmente obras de reparación, las cuales a juzgar por unas muestras de portadas de mármol, de estilo gótico *de confitería*, aplicadas a unas capillas, prometen que el templo ha de ser *embellecido*, menoscabando su grave y armónico conjunto artístico. Muchos sepulcros del linaje de Ovando vense en esta iglesia, casi todos ellos bastamente ejecutados en piedra del país: pertenecen a la primera mitad del siglo XVI, siendo plateresca su ornamentación, a cuyo mismo estilo corresponde la correcta portada del templo.

De nuevo nos internamos en el dédalo de aquellas callejuelas, que llevan la imaginación a otros tiempos, pues a la vista de los elevados y robustos muros de piedra o de mampostería, en sol cuales apenas si se abren estrechos huecos, como aspilleras de fortaleza; de los torreones, que un día fueron defensivos como lo indican sus almenas y matacanes, y que hoy casi abandonados destínanse a serviles usos, de las mezquinas viviendas toscamente fabricadas de ladrillos y de lajas de piedra, sin más hueco que el de una miserable puerta, tan reducida que apenas dà paso a una

persona, y en cuyos muros crece la hierba a su sabor; sin esfuerzo alguno acude a nuestra imaginación el recuerdo del aspecto que debieron ofrecer las poblaciones más importantes de Andalucía y de Extremadura, hasta que en los comienzos del siglo XVI el gusto italiano enseñoreándose del arte patrio señaló a la arquitectura doméstica nuevos rumbos, y entonces, las ciudades y hasta las villas ricas vieron alzarse magníficos palacios con soberbias portadas, abriendo en sus muros grandes vanos de balcones y de ventanas, desplegando el arte plateresco toda la pompa y la belleza de las creaciones importadas de Italia. Estos momentos de transición, precisamente, el paso de la ciudad morisca a la del renacimiento es el que puede estudiarse a maravilla en Càceres, y en este concepto me permito recomendar el estudio de esta ciudad a mis amigos los arquitectos D. Aníbal González, D. José Gómez Millán, y D. José Espiau y a cuantos han acometido la noble y patriótica empresa de dar vida a las geniales y características tradiciones de nuestras arquitecturas mudéjar y plateresca. Visiten a Zafra, Cáceres y Trujillo, que seguros estamos que nos agradecerán la indicación, pues han de hallar muchos motivos de complacencia y de aprovechamiento.

Sin detenernos apenas, pasamos ante la llamada Casa Arabe con sus descarnados muros de ladrillo, sus mezquinas ventanillas y su elegante ajimez y vimos la grandiosa *Casa*

de las veletas, flanqueado su balcón principal por enormes escudos, y *la de los Solís* con su matacán de forma semicircular, cuyos muros perforan estrechas saeteras cruciformes, ostentando un elegante blasón con las armas de aquel apellido, de donde el vulgo la ha denominado *del Sol* y la esbelta y robusta *Torre de las cigüeñas*, que forma parte del vetusto palacio de los marqueses del Reino, del cual se han enseñoreado el abandono y la ruina y pasamos sin detenernos delante de otros antiguos caserones, los de los Carvajales, el ocupado hoy por el Círcu'o de la Concordia y qué se yo cuántos más, y sin reparar en ábsides e imafrontes, en vetustos templos, todos ellos ricos de curiosos pormenores, llegamos a la plaza, pasando por debajo del arco de la Estrella, en cuya hornacina hállase una barroca efigie de mármol de la Virgen, alumbrada ¡por dos bombillas eléctricas!..... ¡Qué rasgo éste tan significativo de nuestra exquisita cultura!....

Salí de Cáceres con verdadera pena, considerando que si solamente por breves horas que recorrí sus calles, llevaba tan gratos recuerdos de la ciudad, si en ella hubiese permanecido algunos días, cuántos más motivos de goce habría encontrado mi espíritu escudriñando muros y rincones y descubriendo en ellos mil detalles ignorados, que guardan los monumentos y que tan gratamente sorprenden la curiosidad de los investigadores, proporcionándoles su hallazgo las más íntimas complacencias.

Mas por fuerza había que partir, y henos aquí de nuevo en marcha. La carretera que recorrimos para llegar a Trujillo estaba tan tersa como la palma de la mano y no hay que decir que corríamos, sino más bien que volábamos, de tal modo, que al medio día hacíamos alto en una modesta fonda, de aque la ciudad el apetito que sentíamos, o si donde, no se si por real y efectivamente, nos dieron de almorzar muy bien, y muy a la española.

Mientras que se hacía provisión de gasolina recorrimos varias calles y plazas, cuya vista ofreciónos análogo aspecto que las de Cáceres. En ningún pueblo de España he visto mayor número de escudos familiares que en estas ciudades. Llama la atención desde luego su arruinado y grandioso castillo dominando la villa; los arcos de sus murallas llamados del Triunfo y de Santiago. Junto al segundo hay una magnífica casa, no sé de quién, que me llamó mucho la atención, por las hermosas rejas de sus ventanas forjadas en el siglo XVI y en cuya puerta con arquería ojival adornada en su ancha escocia exterior con pometados, revela que fué construída a fines del siglo XV o en los comienzos del XVI.

Dos grandes casas palacios, se alzan en la plaza mayor que serían bastantes motivos para atraer a esta villa, cuna de ilustres y memorables varones, a viajeros cultos, artistas y arqueólogos. Refiérome a las del Marqués de la Conquista y a la del Duque de S. Carlos. For-

man ambas ángulo a respectivas calles. La primera, más antigua, del siglo XVI, con ricos ornatos platerescos, tiene una colección de rejas tan numerosa, y de tan buen gusto que sorprende, ofreciendo un conjunto de mansión señorial tan majestuoso, tan armónico y severo y tan español, que impresiona profundamente, pues revela a maravilla el espíritu de la época en que fué construida, cuando podían decir nuestros monarcas que en sus dominios no se ponía el sol. El tipo de estas casas-palacios extremeños es el que conviene con aquella raza de grandes hombres, de hidalgos, caballeros y aventureros, que arrostrando peligros con heroico menosprecio de la vida, descubría y conquistaba mundos y que rodeada de la aureola de la gloria, poseedora de riquezas, soberbia y envanecida, ponía de relieve, en sus obras todas, el sello de su varonil pujanza...

El palacio del Duque de S. Carlos fué construido, a juzgar por su traza y ornatos, algo después que el del Marqués de la Conquista, ya en el reinado de Felipe II.

Tiene rica portada, gran balcón angular, adornado con pilastras y frontón, y hermosos escudos valientemente esculpidos.

La falta de tiempo nos privó del gusto de haber echado una ojeada al interior de la iglesia de Sta. María, cuyo grandioso retablo mayor, sencillo y elegante, de estilo ojival florido, contiene una colección de tablas de la época, que he oido elogiar a los inteligentes. No fué

posible detenernos más, pues nos proponíamos llegar a Guadalupe con luz, y teníamos que recorrer 87 kilómetros así que dando nuestro ¡Adios! A la histórica villa patria de Pizarro y del Hércules español García de Paredes, nos pusimos en marcha.



III

El camino que recorrimos desde Trujillo a Guadalupe ofrece los más pintorescos paisajes, por su espléndida vegetación, sus amenos valles, y cañadas en cuyo fondo deslízanse, saltando entre la peñas las ondulantes y plateadas cintas de los ríos Ruecas y Guadalupejo que corren al pie de las abruptas moles de las Villuercas, gigantesca corona de la hermosa sierra de Guadalupe. Bien podríamos decir con el antiguo poeta al contemplar tan deliciosos parages que son:

"logar cobdiciadero
para omne cansado"

porque convidan ciertamente al descanso las frondosas arboledas de valientes alcornoques, de corpulentas encinas, de verdes castaños y nogales y de plateados álamos, que con otras variedades, de robles, quejigos y hasta limone-

res y naranjos deleitan la vista, que no menos se recrea al reparar en el suelo cubierto de espeso monte, con las blancas flores de las jaras, las moradas de los brezos, y los pradillos cubiertos de margaritas de color de oro y de menudas campánulas de delicados tonos rosáceos. Todavía acentúanse más las bellezas del paisaje, una vez pasada la villa de Logrosan, con sus casas de ladrillo rojo, en las cuales alcánzanse a ver, no obstante la rapidez de la marcha, detalles decorativos de otras edades, a juzgar por las formas de algunos vanos, o de los herrajes de balcones y ventanas, y una vez que se deja el pueblo y a medida que el automóvil va ascendiendo por las numerosas curvas de la cuidada carretera bordeando profundos precipicios, vemos a nuestros pies el espeso bosque formado por toda suerte de àrboles, que cubre la falda de la empinada sierra.

Al salvar uno de los recodos del camino divisamos la gran mole del monasterio flanqueada de altas y robustas torres cilíndricas, cuyos pormenores iban haciéndosenos visibles por momentos, llegando a distinguir ya claramente los agudos chapiletes de aquéllas cubiertos de pequeñas tejas vidriadas, verdes, blancas y amarillas luego, los ornatos de ladrillo, góticos o mudéjares de los muros, los robustos torreones almenados que dan al edificio aspecto militar, y el mafronte del templo: minutos después, estábamos a la puerta de la hospedería siendo afectuosamente recibidos por los Padres

Guardián, Fr. Bernardino Puig, Rubio y Acemel.

Eran las 5 de la tarde poco más o menos: había luz de sobra, y, por tanto, la curiosidad venció al cansancio: con la vista anhelante, con profunda emoción y febril interés mirábamos hacia todos lados, buscando hasta por los rincones de suelos y techumbres, motivos de estudio, pormenores interesantes, característicos de las distintas épocas, que al pasar por el monumento, dejaron en él impresos los rasgos distintivos de su gusto artístico. Atravesando un oscuro pasadizo llamaron nuestra atención los elegantes ornatos platerescos de una escalera, obra de la primera mitad del siglo XVI, y pasado aquel, ofrecióse a nuestra vista el hermoso patio mudejar, de vastas proporciones, con doble arquería, de herradura la mayor parte de los vanos inferiores, y de ojivas túmidas las superiores, siendo de notar que cerraron los de la crujía baja con antepechos de material calados, en forma de estrechas ojivas, práctica, muy usada por los constructores mudéjares, recordando entre otros ejemplos, los de los patios de los exmonasterios de La Rábida y de S. Isidoro del Campo (Santiponce); por tanto para penetrar en el interior del patio hay que hacerlo por cada uno de los arcos centrales que restan libres en cada uno de los frentes.

El pormenor que desde luego atrae la atención del visitante, es sin duda el hermoso templete, que rodeado de frondosos árboles se eleva en el centro; obra de ladrillo que no tiene rival

en su género, y que dada su importancia, no dudo que ha de ser atendido por los PP franciscanos, pues el tiempo ha hecho en él estragos que deben ser reparados. Es de planta cuadrada, con esbeltos estribos en sus ángulos, adornados de arquitos ornamentales, y en cada uno de los frentes del templete, arquerías ojivales concéntricas, que contienen inclusos dobles arcos, los cuales voltean en una columna central a modo de ajimeces, con sendos parteluces, todo ello ejecutado con singular primor. Es curiosa la labor de lacería que, formando complicadas estrellas, adorna las enjutas de los cuatro arcos principales, pues a juzgar por algunos trozos que faltan, se ve el procedimiento que emplearon aquellos ceramistas para hacerlas con gran facilidad, que no fué otro que el moldearlas, imprimiendo sobre placas delgadas de barro matrices de hierro o madera que contenían el dibujo; cocidas luego aquéllas, eran aplicadas a los muros. De esta misma manera creo que están hechas las filacterias y escudetes con los monogramas de Jesús y de María que ocupan los fondos de los ajimeces. Sobre este cuerpo principal álzanse otros tres en forma de pirámide, que contienen pequeñas arquerías ornamentales adornadas de azulejos, que a juzgar por su técnica, me han parecido toledanos de los comienzos del siglo XVI, de cuya fecha estimo que data esta preciosa obra, la cual debió haber sido construída posteriormente a las arcadas. Todo el patio está

plantado de frondosos árboles, entre los que resaltan los limoneros y naranjos, a cuyos pies crecen los rosales, geráneos y diversidad de olorosas plantas...

Líbreme Dios, diré ahora, y en descargo de mi conciencia, intentar siquiera la descripción de ésta y de las demás partes monumentales del edificio, obra ya realizada por la docta pluma de mi respetable amigo D. Elías Tormo en su libro "El monasterio de Guadalupe". sólo me propongo en estos reglones ir apuntando a la ligera, tal y como me fueron saliendo al paso, en una breve visita de dos días, aquellos detalles que más despertaron mi atención y mi curiosidad para guardar de ellos más exacta memoria. Así, pues, entre ellos me fijé muy particularmente en la solería de policromos azulejos de cuerda seca, en su mayor parte, y de verdadero mosaico en otras, que adornan el templete y la pila del *lavabo* colocada en un ángulo, cuyo espacio cubre una bóveda con nervaduras y lunetos de sólida y elegante traza ojival. Creo que esta azulejería procede de Toledo, aunque todos sus dibujos se ven asimismo en los edificios sevillanos de la misma época (fines del XV al XVI) y me inclino a creerlos procedentes de la imperial ciudad, por sus tonos generales diferentes de los trianeros. En mi sentir la azulejería toda que he visto diseminada por varias partes del edificio, en zócalos, alféizares de ventanas, solerías etc. procede de las fábricas de Talavera y de Toledo y

al hablar de ésto no quiero olvidar los restos que quedan en una especie de pequeño estanque existente en un ángulo de las galerías altas, que conserva algunas losetas blancas, azules y de reflejos metálicos, muy gastados ya éstos, cuyo dibujo imita un brocado del XV al XVI, pormenor decorativo que revela cuan bello y rico sería primitivamente el revestimiento de dicha pila.

La joya artística de inestimable valía que enriquece el claustro, es a no dudarlo el sepulcro, esculpido en alabastro, que contiene las cenizas del P. Fr. Gonzalo de Illescas, obra que según conjeturas muy verosímiles, debió ser ejecutada en vida del ilustre Prior, entre los años de 1458-65. Por la cultísima diligencia de los PP. Rubio y Acemel sabemos que el autor del dibujo del mausoleo fué el religioso lego guadalupense Fr. Juan de Segovia, conocido por el sobrenombre de "el platero" peritísimo orfebre, siendo ejecutado por el eximio artista, Anequín de Egas, de Bruselas, pormenores interesantísimos cuyo conocimiento debemos a los referidos PP. franciscanos, los cuales con un entusiasmo digno de la mayor loa investigando las reliquias documentales del que debió de ser riquísimo archivo conventual, han tenido la suerte de tropezar con cartas y escritura que acreditan la exactitud de los datos consignados (1).

---

(1) Véase el folleto "El maestro Egas en Guadalupe..",

Cuando examiné el mausoleo en su conjunto, cuando después, con todo detenimiento hube de fijarme, en su delicada labra, en sus elegantes líneas, en la riqueza de su ornamentación, cuando pude apreciar los rasgos característicos que ofrece, un pensamiento acudió súbito a mi mente... la misma mano que había esculpido aquella figura y sus detalles decorativos, produjo los de los sepulcros de los duques de Feria en Sta. Clara de Zafra... Ahora bien: si está demostrado que el dibujo del sepulcro guadalupense fué de Fr. Juan de Segovia, no hay razón que se oponga a estimar que también pudo haber facilitado el diseño para el de los Duques, siendo ambas obras interpretadas magistralmente por Egas Coman según se firmaba el eximio artista belga. Pero: ¿puede asegurarse de la misma manera, que dicho diseño fué el que se empleó u otro debido al imaginero flamenco? Que hay grandes analogías entre los sepulcros de Illescas y los de los Figueroas es innegable y en tal supuesto he de limitarme en este momento a llamar la atención de los entendidos acerca de la semejanza que ofrecen las cintas o filacterias que adornan el frente del mausoleo del Obispo de Córdoba y las que se ven en las partes que decoraron las urnas de los Duques de Feria, cuya disposición y hasta la forma fina y elegante de los ca-

---

por los R.R. P.P. Guzmán Rubio e Isidoro Acemel. Madrid. Hauser y Menet. 1912 1 pll de 38 pag. pl.

racteres góticos de las inscripciones son enteramente iguales.

Manos bárbaras han mutilado tan estupendo ejemplar de estatuaria, complaciéndose en destruir todas aquellas partes más delicadas, produciendo verdadera pena en toda persona culta.

Encima del sepulcro hay un gran hueco destinado a una de las Cuatro Estaciones que fueron colocadas en los ángulos del claustro por los años de 1469-1475 las cuales debieron estar representadas por grupos de figuras de madera de los cuales no quedan más que restos, muy interesantes por cierto, y que con muy buen acuerdo se ven colocados en una de las hornacinas. Formaron parte de una composición representativa de un Calvario: a juzgar por su estilo artístico, han podido muy bien ser obra del mismo Anequín de Egas. Estas esculturas descubiertas entre trastos viejos por el Señor Tormo, dos de San Sebastián, de tamaño mitad del natural y dos pequeños ángeles que tuvimos el gusto de hallar olvidados en un almacén, obras todas del siglo XV, es cuanto queda de los altares y Estaciones del grandioso claustro, que durante el XVI debió haber ofrecido un conjunto de singular riqueza artística.

Los muros, hasta la altura de elevado zócalo, creo que estuvieron pintados con ornatos mudéjares de atauriques, lacerías, imágenes y escudos perfilados de negro, como se ven

en la Rábida, en S. Isidoro del Campo, en el torreón del castillo de Cáceres y en la Sala del Consejo del Alcázar sevillano, decoración que se ve comprobada por los restos que aun permanecen en las jambas de una de las puertas que da ingreso al patio de que tratamos, y por los leves vestigios que han dejado al descubierto algunos desconchados.

Sin detenernos apenas en la capilla de San Martín, a pesar de su interés histórico y muy singularmente por el artístico, donde es fama que dictaron los Reyes Católicos los decretos de expulsión de los judíos, y los primeros referentes a los establecimientos de la Inquisición en Castilla, llegamos al ámplio y artístico patio llamado de las Enfermerías, que a primera vista manifiesta la época de su fábrica, en los comienzos del siglo XVI.

Ofrece en su conjunto tres series de arquerías, apoyadas todas en pilares. La inferior con vanos menores que el medio punto: la central de ojivas rebajadas, con elegantes tracenas flamígeras que arrancan de sendos parteluces. Estos vanos tienen antepechos sencillos formando estrechas arquerías caladas. El claustro superior es de arcos escarzanos sobre pilaretes octogonales, sistema constructivo de que tenemos en Sevilla numerosos ejemplares.

Habíase puesto el sol, comenzaban las sombras a ocultar los primores de la monumental fábrica, y mal de nuestro grado dimos con nuestros cansados cuerpos en la hospedería,

donde se nos sirvió muy abundante y bien condimentada comida, cuya sobremesa amenamente entretuvieron los PP. Puig, Rubio y Acemel y en la que largamente platicamos, no solo de cosas viejas, sino de otras nuevas; de las mejoras proyectadas, de urgentes reformas y de los medios de salvar importantes partes del monasterio que amenazan ruina por el abandono en que han estado durante un largo período de años.

IV

Muy de mañana hallábame ya contemplando el imafronte de la iglesia y tratando de explicarme algunos problemas extraños que ofrece su construcción, cuando vino a distraerme de mis cavilaciones el P. Acemel, que con su excesiva bondad, como gran conocedor de la historia del monumento, resolvió más de una duda de las que me asaltaban.

La fachada primitiva del templo claramente se vé que ha sufrido modificaciones esenciales, y hoy es un conjunto, a primera vista inexplicable, pero la misma falta de unidad y de armonía que se nota en todas sus partes le dan un aspecto en extremo singular y pintoresco. Entre dos robustos y elevados torreones, uno de los cuales aun conserva su corona de almenas, y cuyos frentes perforan ventanas y balcones de diferentes tamaños, se vé la sencilla fachada, dividida verticalmente en cuatro

espacios, por cinco estribos góticos que rematan en sendas agujas. En los dos primeros espacios compréndense las puertas del templo, de arquerías ojivales concéntricas, sin más ornatos que los de los capiteles de los baquetones, de donde arrancan aquellas, atrayendo las miradas del curioso el revestimiento de bronce de las hojas, pues cada una de estas contiene tres recuadros con otros tantos asuntos de las vidas del Señor y la de Virgen en bajorrelieve, cuya labor aunque un tanto basta, es muy apreciable y data en mi concepto de las postrimerías del siglo XV; así parece demostrarlo la forma conopial de los arquitos en que se contiene cada asunto.

Penetrando en el vestíbulo que da ingreso al templo, vemos que este lo forma la capilla de Sta. Ana, que está al final de dicha nave, cuyas nervadas bóvedas paréceme que fueron construidas también a fines del XV. Esta capilla merece largo paréntesis, pues si bien su retablo no despierta gran interés, en cambio si lo ofrece subidísimo el hermoso y artístico sepulcro de sus patronos. D. Alonso de Velasco y su mujer Dª Isabel de Cuadros, obra de Anequín de Egas, según confirman los curiosos documentos hallados en el archivo del monasterio por los PP. Rubio y Acemel. ¡Qué satisfacción tan profunda, qué alegría la de nuestros amigos al tropezar con los documentos originales en que constaban los diseños del mausoleo, el contrato del artista y hasta alguno de los

recibos de cantidades tomadas por cuenta de su obra, autorizados con su firma! Para poder apreciar lo que es una emoción de este género, es menester sentir un gran cariño a los papeles viejos, llevarse días y días revolviendo legajos y pasando folios y folios persiguiendo un documento que al parecer sucio y maltrecho, agujereado por la polilla o calado por la tinta semeja más bien sutilísimo encaje... pero su mismo mal estado es mayor estímulo a la curiosidad del investigador; y a veces para descifrar su sentido pasan días y su lectura llega a quitarnos el sueño: mas una vez esta realizada ¿qué complacencia puede compararse con la de descubrir algún dato nuevo que ilustre, ya la vida u obra de un varón insigne, ya algún punto dudoso de la historia, que merced a nuestra perseverancia y a nuestro entusiasmo vemos totalmente comprobado? Harto sé que muchas gentes se ríen de estas emociones, de igual modo que otros nos reimos en nuestra ignorancia, de los primores de los más estupendos fenómenos taurinos. Afortunadamente hay en el mundo para todos gustos... De la lectura de los documentos aportados por los PP. Rubio y Acemel se desprende que en el sepulcro de los Velasco que hoy vemos, no se ciñeron el magnate y el artista al diseño hallado, quizá el primero que hizo Egas, pues basta considerar que en este muéstrase sola y yacente la figura de D. Alonso, mientras que en el sepulcro actual vemos de hinojos, en

actitud orante a los esposos. Todo el monumento, así como las bellísimas imágenes de los ángeles, que sostenidos por columnas con sus capiteles y cobijados por unebelas, se ven en los ángulos de entrada, debieron haber estado policromadas, aumentándose con el oro, la plata y los colores las bellezas del conjunto escultórico. El angel que está en el ángulo del evangelio, mucho mejor conservado que el otro, es uno de los ejemplares de estatuaria cristiana más bellos que conozco.

La expresión de su rostro subyuga, y las elegantísimas líneas del gótico arnés que lo reviste, así como la actitud en que está, forman un conjunto tan armónico, que trabajosamente apartamos de él los ojos, absortos en su contemplación, recordando los àngeles que concibiera con sublime romanticismo, el más soñador de nuestros poetas, los que guardan las ruinas de los templos medioevales ocultos en las sombras de sus hornacinas festoneadas por la hiedra y por las pasionarias... No será fàcil que se me borre la impresión que me produjo aquel ángel, custodio del sepulcro de los Velasco; no sé que mundo de ideas parecióme sorprender, que pasaban silenciosas a través de su tersa frente, pensamientos de un pasado glorioso, contrastando con la pobreza actual: ¡Cuantas profanaciones ha presenciado! ¡Cómo la salvaje codicia destrozó el sepulcro de sus señores, cómo el abandono de generaciones ignorantes imprimió sus huellas en la singular

obra artística!.. Solo y silencioso en aquel rincón de la capilla, con sus párpados entornados abstraído y meditabundo, parece abrumado bajo el peso de sus tristes recuerdos!

Curiosísima es la nota o memoria detallada de los colores del oro y la plata que habían de emplearse para enriquecer más la obra de Egas, precioso documento coetáneo de aquélla, que tuvieron la suerte de encontrar los PP. Rubio y Acemel y el cual confirma la opinión de que también los españoles empleamos la policromía durante toda la Edad Media lo mismo en la arquitectura que en la escultura: díganlo sinó la catedral compostelana, los sepulcros de los claustros de la salmanticense con otros muchos mas ejemplares que podrían citarse.

En esta capilla de Sta. Ana existe un objeto único en su género, de admirable labor y del gusto artístico más delicado. Refiérome a la magnífica pila bautismal de bronce, obra firmada por su autor Juan Frances en 1402, compañera de otra cuyo paradero se ignora, que estuvo dentro del templete del gran patio. Dos inscripciones gótica la más próxima al borde y monacal la otra, sírvenle de adorno, y además una faja con elegantes róleos de estilo renacimiento, dato que seguramente me habría hecho incurrir en error al clasificarla, pues a juzgar por este detalle la hubiera considerado ejecutada cincuenta años mas tarde por lo menos, de la fecha que ostenta. Cuanto se diga en

elogio de esta joya artística es poco: para apreciar su mérito hay que verla.

El templo construído en la segunda mitad del siglo XIV todo de piedra llama la atención por sus grandiosas proporciones y por su robusta fábrica. Consta de tres naves, más alta la central que las laterales.

Es de sentir que la funesta huella de los artistas del siglo XVIII se aprecie desde luego en este monumento. Los impertinentes adornos barrocos que se ven paralelos a uno y a otro lado de las nervaduras, y el pesado balconaje que corre por todo el templo, producen muy mal efecto, pues menoscaban la hermosura de sus líneas. ¡Qué aspecto tan distinto ofrecería la grandiosa nave central desprovista de tan antiestético aditamento!

Ocupa los tres lados centrales de su ábside el majestuoso retablo mayor, cuya traza y ornato revelan el estilo clásico, severo, de fines del siglo XVI, luciendo en sus compartimientos e intercolumnios notables obras de escultura y de pintura debidas a Giraldo de Merlo a Cagés y a Carduci. Llama poderosamente la atención en el retablo el riquísimo mueble de bronce, con adornos damasquinados de plata y oro que sirve de Sagrario. Es ni más ni menos que un contador o escritorio, que fué hecho en Roma el año de 1569 por Juan Glamin y destinada a Felipe II. Por solo estos datos podrá el curioso imaginar el mérito de tan soberbia pieza, digna del entonces más po-

deroso monarca de Europa. Pasando por alto otros interesantes pormenores, como son los sepulcros de Enrique IV y de D.ª María su madre y los llamados oratorios reales, detuvímonos ante las hermosas verjas que cierran la capilla mayor, seguramente alteradas en su primitiva disposición, pues tal como hoy las vemos nótase falta de unidad en el conjunto por la diferencia de alturas, y por la brusca transición de los adornos de la parte principal con los de las laterales. Fueron sus autores Fray Francisco de Salamanca y Fr. Juan de Avila que las ejecutaron desde 1510 a 1514, los mismos que pocos años después dejaron nuevas muestras de su buen gusto y de su pericia en las magníficas verjas que cierran la capilla mayor y el coro de nuestra Catedral. Al comparar con estas rejas las de Guadalupe, vemos que en las sevillanas acomodáronse sus autores al estilo plateresco, con muy débiles reminiscencias de arte gótico, mientras que en las de Guadalupe domina este sobre aquel. En cuanto a los primores de forja, fundición y repujado no desmerecen entre sí ambas obras.

Como el objeto de estos apuntes no es el de hacer una detallada descripción de todo cuanto contienen interesante el monasterio y el templo, sino solo el de conservar el recuerdo de las obras más salientes y que más despertaron nuestra atención, no me fijaré ni en la talla churrigueresca de la sillería del coro, que en mal hora sustituyó a la antigua, la cual por

sencilla y pobre que hubiese sido, por fuerza tuvo que ser una obra de mayor valía artística (1) y sin detenernos tampoco ante las costosas hojarascas de las cajas de los órganos, ni ante los lienzos de S. Nicolás de Bari y de San Ildefonso, el primero de los cuales bien pudo ser de mano de Zurbarán, mencionaremos especialmente la inestimable colección de los monumentales libros corales, cuyas orlas y viñetas merecen muy particular estudio, del cual se obtendrían preciosos datos para ilustrar la historia de la miniatura y de la iluminación en primer lugar, y acaso también de la gran pintura, puesto que a las veces no se desdeñaron de contribuir con sus talentos a la ilustración de los libros de canto y de devoción artista eximios. Los más ricos e importantes datan de los siglos XV y XVI y es de suponer que desde fecha anterior debió contar el monasterio con escribanos de libros de obra, que (otras veces los llamaban simplemente escribanos de libros e iluminadores, como los tenían todas las comunidades religiosas y cabildos eclesiásticos.

Es de sentir que la modestia de los escribanos e iluminadores) antiguos nos haya privado del conocimiento de sus nombres, pues rara es la obra que se halla firmada, lo mismo

---

(1) Los PP. Rubio y Acemel en su *Guía* dan noticia de dos sillerías, una del siglo XIV y otra del XV esta última fué de talla gótica, y taracea y los respaldos de los asientos enriquecidos con imágenes pintadas de Santos.

en la colección guadalupense que en otras, pero, no será extraño que el afán investigador de los PP. Rubio y Acemel tropiece el día menos pensado con alguna *Nómina* o *Registro* de cuentas o de Gastos de Mayordomía en que aparezcan.

Antes de llegar a la Antesacristía, llamó mi atención el alicatado de azulejos polícromos de cuenca y cuerdaseca, que reviste una pequeña estancia labrada en el grueso del muro, con boveditas de crucería; por ser la colección mejor conservada que actualmente existe en el monasterio, procedentes todos de los alfaares toledanos. No ha dejado de llamarme la atención la escasez de azulejería que se nota en este monumento, construído y ampliado precisamente, en la época de mayor florecimiento de tan bella industria artística. Ni en sus patios, capillas, estancias y techumbres, en que tan natural era que los hubiesen empleado con profusión, se ven mas que en corto número. ¿Los ocultarán las capas de cal, en algunos de aquellos lugares, o habrán sido fruto de la codicia de los chamarileros?

Llegados a la Antesacristía, atrajeron principalmente mi atención, produciéndome la más agradable sorpresa, el estupendo retrato pintado por Carreño, del Cardenal Savo Milini, Nuncio de S. S. en España. Es de tamaño natural y de tal mérito, que el mismo príncipe de nuestros pintores no se habría desdeñado de poner al pie su firma. Al lado de esta obra, las demás

del mismo artífice que la acompañan en este lugar, que son también retratos y representan a Carlos II, Dª María Luisa de Borbón y Doña María de Lancaster, Duquesa de Aveiro, siendo buenos lienzos, no pueden competir con el primero.

Penosa impresión causan el estado en que se hallan estas pinturas, resecas en demasía, y en algunas partes desconchadas y agujereadas, consecuencia del abandono y hasta desdén con que han sido miradas durante muchos años. Al apreciar su lamentable estado asáltanme algunas consideraciones, que lealmente expondré al tratar en el artículo siguiente de los famosos lienzos de Zurbarán.

V

Solamente la visita y examen de la Sacristía de la iglesia de Guadalupe merecería la fatiga del largo viaje desde esta ciudad, pues su interés arquitectónico, la espléndida decoración de todas sus partes y la subida importancia de los cuadros de Zurbarán, que se ostentan en sus muros, con otras bellezas artísticas e históricos recuerdos, serían motivo suficiente para dar por bien empleadas las mayores molestias.

Cuando la vista abarca su conjunto, cautivan la severidad y sencillez de sus líneas arquitectónicas del más puro clacisismo, la riqueza de su decorado, que cubriendo bóvedas, entablamentos, pechinas y pilastras, forman por decirlo así, el riquísimo marco en que resaltan las obras zurbaranescas. La armonía de todas las partes es admirable: por lo cual no es ex-

traño que el visitante, sorprendido ante el artístico y riquísimo cuadro, se detenga a admirarlo, decidiéndose a penetrar de pronto en la soberbia estancia sobrecogido por la admiración que experimenta, trayéndonos a la memoria, seguidamente, el recuerdo de la Sacristía escurialense, de la cual como dice el ilustre Tormo, no puede afirmarse que sea esta una imitación servil, pero sí que hubo el propósito de que emulase con aquélla. La decoración mural es toda al temple, con profusión de dorados y en correcto altar de estilo del renacimiento greco-romano, venérase en su nicho principal, una efigie de madera de tamaño natural, que representa a S. Jerónimo, copia de la de barro cocido, obra admirable de Torrigiano existente en nuestro Museo provincial. Encima en el ático un lienzo llamado la Perla de Zurbarán (La Apoteosis de S. Jerónimo) y distribuidos por el retablo varios cuadritos que se atribuyen al celebrado maestro.

Pendiente de la cúpula hay una gran farola de latón, que llevaba la galera Capitana turca en Lepanto, ofrendada por D. Juan de Austria.

En el recinto de esta capilla hay dos grandes lienzos, uno de Zurbarán: "Las Tentaciones de S. Jerónimo" y otro que parece de distinta mano "El Santo azotado por ángeles" y en el cuerpo de la Sacristía, entre las pilastras que dividen los muros, en el de la izquierda los tres del mismo eximio pintor "Jesucristo premiando las mortificaciones del P. Salmerón"

"El P. Illescas en el momento de suspender la escritura de una carta, sentado ante una mesa" y El milagro del P. Cabañuelas. Frente a estos cuadros hay otros de la misma mano, que por hallarse contra luz, por su entonación oscura y por la falta de tiempo, apenas si pude formar concepto de su mérito.

Unas ligeras consideraciones, sin embargo, he de hacer a propósito de los cuadros todos de Guadalupe, Los tres primeros de que acabo de tratar, vienen, desde hace siglos, siendo iluminados a la plena luz que penetra por las ventanas fronteras; y sí hoy los PP. franciscanos cuidan de tener cortinas en aquellas, no hay que decir los años que les habrá estado combatiendo la luz directamente, perjudicándolos como se echa de ver; es indudable que la continuada acción de aquélla, y del polvo sobre todo objeto pintado, produce a la larga decoloración y tal efecto me ha causado el examen de las admirables obras zurbaranescas, cuyo primitivo colorido general lo creo debilitado, por la causa que dejo apuntada.

Debe tenerse por tanto, especial cuidado en resguardarlos de la luz constante, por medio de cortinas colocadas ante cada uno de ellos, y por este medio no quedará oscura la hermosa sacristía y sí los lienzos libres de todo daño.

Tampoco creo que estaría demàs dar algún jugo a estos lienzos y a otros de inestimable valor, como los retratos de la Antesacristía por hallarse sumamente resecos, extendiendo la

benéfica acción a sentar algunos que lo han menester, y aun a tapar agujeros producidos por manos vandálicas.

Impónese en mi concepto un *repaso* general a todos los cuadros de Guadalupe, desatendidos durante tanto tiempo, realizado por mano muy perita, pero esta operación no debía efectuarse más que en el mismo monasterio, pues podría ocurrir un despojo, como el que sufre Sevilla con la Santa Isabel y con los medios puntos de Santa María la Blanca, de Murillo, detentados *por la fuerza* en esta época presente, que por sarcasmo, se la llama *del imperio del derecho* y sin tener tampoco en cuenta para nada en "lo que ganan las obras de Arte conservadas allí donde pensó colocarlas el artista,, como tan atinadamente dice el Sr. Tormo, al tratar de los Zurbaranes de Guadalupe.

De la grandiosa Sacristía pasamos a ver los ornamentos que se custodian todavía, en la pequeña capilla llamada de *S. Juanito*. Renuncio a apuntar siquiera, las estupendas telas, los riquísimos y artísticos bordados, que en número inverosímil, hicieron pasar ante nuestra vista los pacentísimos y entusiastas PP. Puig, Rubio y Acemel, en cuyos rostros pintábase la más viva satisfacción y el más noble orgullo al oir las exclamaciones de sorpresa y admiración y los elogios que brotaban de nuestros labios, al presentarnos verdaderas maravillas del tejido y del bordado; pero, ¡en qué estado de conservación y en qué número! Los

terciopelos recortados de Granada y de Toledo, los tisúes y brocateles de las famosas fábricas castellanas y andaluzas, los singulares bordados de imaginería, que más que obra de agujas parecen de sutiles pinceles, los de sobrepuestos y recortes perfilados con finos cordoncillos de seda y de oro, telas asombrosas por su rareza y por su mérito, no una sino muchas en que se combinan el terciopelo con la trama de hilo de oro, con relevado tresalto; donaciones de nuestros monarcas y príncipes de los siglos XV y XVI, que a su inapreciable valía artístico-industrial unen la histórica.

Todo este cúmulo de inusitada riqueza tuvo que pasar ante nuestros ojos como visión fugaz y deslumbradora, dejando un vago pero imborrable recuerdo de primores artísticos, de depuradísimo gusto y de magnificencias extraordinarios.

¡Qué album podría hacerse de todos aquellos ejemplares. Asombra la riqueza atesorada en numerosos cajones, que unida a la de la colección de frontales, dudo que ninguna comunidad española la posea igual, desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta el siglo XVIII. Una decepción, sin embargo, tuve achaque del insaciable espíritu del aficionado. No vi ningún resto de tela morisca, como las de las mortajas de San Fernando y de su hijo el Infante D. Felipe, y las del arzobispo D. Rodrigo, que tan bien conocemos gracias al docto Marqués de Cerralbo, ni como la que poseen las catedrales de Toledo y

de Burgos... Que las hubo en Guadalupe, es indudable, puesto que la tradición de las industrías textiles, de abolengo sarraceno, estaban aun en boga en los días de esplendor del monasterio; pero de ellas no he visto la más insignificante muestra. Antes de salir de la capillita, y no obstante los apremios del tiempo, ¿cómo pasar inadvertidos ante el bellísimo tríptico del XV, milagrosamente salvado de la rapacidad de coleccionistas y de mercaderes de objetos artísticos. En la tabla central figúrase la Adoración por uno de los Magos, en el retrato orante del devoto personaje que lo mandó pintar, y en las puertas los otros dos Reyes. Juzgado muy a la ligera me pareció obra flamenca excelentísima.

En la capilla de Sta. Catalina, merecen particular mención las dos efigies esculpidas en madera, muy bien estofadas por cierto, de Santa. Paula y de Santa Catalina, atribuídas a Giraldo de Merlo, obras que si bien participan en sus paños de cierta ampulosidad, presagio de próxima decadencia, están valientemente ejecutadas y me agradaron más que las de los Príncipes de Portugal D. Dionisio y su mujer la Infanta Dª Juana de Castilla, hija de Enrique II, atribuidas con manifiesto error a Pompeyo Leoni.

Una vez en la hermosa capilla denominada "El Relicario", también tenemos que renunciar a ir enumerando los numerosos aparatos de variadas formas, en su mayor parte de madera

tallada y dorada, como viriles, templetes bustos de santos y de santas, brazos y arquetas, conteniendo reliquias, para fijarnos en una alhaja, verdaderamente excepcional, consistente en una gran arca destinada a Monumento para reservar la Sagrada Forma en Semana Santa, cuyo frente lo componen 12 compartimientos cuadrados en que alternan láminas repujadas de plata, con chapas de esmaltes de estilo italiano, con asuntos religiosos, de singular mérito las unas y las otras. Dícese de las primeras que son obra del famoso fraile Juan de Segovia, que floreció en el monasterio en la segunda mitad del XV, aserto del cual me atrevo a dudar en mi ignorancia, y acaso por infidelidad también de mi memoria, pues el recuerdo que conservo de ellos en este momento es el de que me impresionaron como obras ya muy sentidas del renacimiento y de mano peritísima. Pero sea de esto lo que quiera, *el arca* es de singular valía y el arte arcáico de fines del XIV que se manifiesta en los esmaltes, y el italiano que florece en el XVI impresionan profundamente a cuantos examinan joya tan inapreciable.

En este lugar se custodian los mas notables frontales que posee el monasterio. Con decir que datan de los siglos XIV, XV y XVI puede ya formarse idea de su importancia, pero si a esto agregamos que su ejecución es admirable, y extraordinaria la riqueza de algunos, por el empleo de aljófar y de pedrería, podrá

calcularse el efecto que produce esta singular colección de bordados, en que puede estudiarse la técnica de aquellos famosos *brosladores*, cuyos nombres merecen por tantos títulos pasar a la posteridad.

Fatigada la mente por la sucesión continuada del examen de tantas maravillas, cansados ya los ojos de ver magnificencias y preciosidades, en tal número que con su estudio y descripción podrían escribirse muchos volúmenes, y careciendo ya de luz, hubo que suspender la visita hasta la mañana siguiente.

No pasó, sin embargo, la noche en estéril ociosidad, pues de sobremesa nos entretuvimos repasando *papeles viejos*, tan de mi agrado. Los PP. Rubio y Acemel nos mostraron una porción de documentos curiosos, Cartas y Cédulas reales, pobres restos del que fué riquísimo archivo, que ahora están descubriendo y ordenando, y entre los cuales, seguramente, han de hallarse muchos motivos de agradables sorpresas. No dejaré en olvido para los aficionados a la cinegética, la Carta de D. Juan II fecha en Segovia a 24 de Julio de 1424 dirigida a los concejos de Cáceres y de Trujillo para que no molestasen a los hombres que enviaran los frailes de Guadalupe para buscarle gavilanes "los más e mejores que pudiesen catar e tomar so pena de 1 000 maravedis a los que desobedecieran su mandato."

A la mañana siguiente al dirigirnos al Camarín, pasamos antes por la capilla de S. Gre-

gorio, en donde se encuentra la estatua yacente, esculpida en alabastro, del Obispo de Sigüenza D. Juan Serrano, fallecido en Sevilla en 1402, monumento que me llamó mucho la atención, por ser interesante ejemplar de la estatuaria gótica, y porque corre pareja con el de D. Gonzalo de Mena, en nuestra Catedral, pues en ambos se revela la misma manera en la ejecución de los paños y accesorios.

Asciéndese al Camarín por hermosa gradería de mármoles, limitada a los lados por rica balaustrada de metal. Constituye de por sí esta pieza un verdadero monumento, de la segunda mitad del siglo XVII, y por sus proporciones y riquezas sorprende al visitante. Adornan sus muros ocho hermosos lienzos de Lucas Jordan con asuntos de la Vida de la Virgen, pintados con la valentía y brillantez de color características del famoso y fecundísimo artista italiano. Es muy de sentir que algunos de estos lienzos reclamen por su mal estado una mirada compasiva, y si no se acude prontamente a su restauración, tal vez, cuando se trate de realizarla, sea ya tarde. Contribuyen también a la mayor riqueza de la suntuosa capilla varias estatuas de las mujeres bíblicas Débora, Abigail, Esther., etc, cuya ejecución, no obstante su barroquismo, es bastante aceptable.

Una verjita de plata separa el Camarín de la capilla de Sta. Ana y San. Joaquín, modelo del gusto churrigueresco, la cual da paso al

"Trono dela Virgen" cuyos muros están forrados de terciopelo de seda carmesí con galones de oro y con pinturas al fresco de poco mérito y en mal estado de conservación.

No es posible consignar, ni siquiera un aproximado juicio, acerca de la época en que fué ejecutada la veneranda imagen de Nra. Señora de Guadalupe, pues las riquísimas telas de su traje, todavía en forma de *alcuza*, solo dejan ver, sucintamente, el pequeño óvalo de su rostro, falto de modelado, y cuya oscura encarnación no ha de ser por cierto la primitiva, pues; ¿cómo imaginar que en el transcurso de los siglos no ha sido objeto de restauraciones más o menos acertadas? La mayor parte de las más famosas imágenes de la Virgen veneradas en España, ofrecen inequivocas muestras de una piedad indiscreta, pues el mal gusto que imperó en el arte religioso del siglo XVIII hubo de alterar por completo las formas generales escultóricas de estos divinos simulacros, y olvidándose de lo que exigen las leyes de la harmonía, atentos solo a realizar verdadero derroche de riquezas, produjeron conjuntos de tales desproporciones, que solo por lo acostumbrados que estamos desde niños a verlos, es por lo que continuamos aceptándolos sin protestas. Las deformes coronas imperiales las tocas y *rostrillos*, las grandes ráfagas y los recamados mantos en forma triangular, ocultan generalmente, las sencillas y primitivas líneas escultóricas, que otras veces han sido destrui-

das para permitir la adaptación de las sobrepuestas vestiduras. Con mucha razón estiman los PP. Rubio y Acemel que debió ser la de Guadalupe una imagen sedente, conservándose así, en mi pobre sentir, hasta fines del siglo XVII, en cuya época, se le daría la antiestéticaforma con que hoy se ofrece a nuestra devoción.

Inmediato al "Camarín" hállase el guarda joyas destinado, como lo indica su nombre, a custodiar las alhajas de la Virgen, de las cuales no quedan más que algunas, por haber sido en su mayor número objeto de la codicia. Sin embargo, todavía se conservan algunas dignas de mención, entre ellas el bellísimo crucifijo de marfil que formó parte del escritorio de Felipe II que sirve de sagrario en el altar mayor; un *Lignum Crucis*, que según tradición fué regalado por Enrique II, un libro de rezo con admirables viñetas, cuyas tapas adornan bellos esmaltes translucidos; el llamado "Trapo viejo" que no es otra cosa que una manga deuna cruzparroquial, admirablemente bordada en el siglo XVI, a cuya misma época corresponden la numerosa colección de capillos que pertenecieron a capas ya desaparecidas, varios riquísimos terros, una hazaleja o paño de atril y los imponderables vestidos de la Virgen, cuyas riquísimas telas recamadas de bordados, algunos hasta con piezas de plata esmaltadas y diamantes y perlas, dejan al visitante absorto al contemplar tantos artísticos

primores y tanta riqueza. ¿Qué más milagro de la Virgen, decíamos a nuestros amabilísimos huéspedes, que el de la conservación de tan estupendos tesoros?

No sin pena nos fijamos en dos escaños o taburetes, cuyos asientos los forman sedas y grandes chapas de bronce, maravillosamente damasquinadas, que según nos manifestaron los PP. son precisamente las puertas pertenecientes al riquísimo escritorio de Felipe II, arrancadas de su sitio por manos profanas, y que a voces están pidiendo volver a su primitivo lugar.

La falta de tiempo y el interés que había despertado en mí la noticia que me habían dado nuestros bondadosos acompañantes de que se conservaban muchas pinturas murales en la "Sala Capitular" hízome preferir el examen de estas al de algunas otras dependencias que forman parte de la iglesia, y a ella nos encaminamos, teniendo la satisfacción de que no quedaran defraudadas nuestras esperanzas. Trátase de un grandioso salón con bóvedas que asientan sobre arcos ojivos, con sencillas nervaduras, las cuales sostienen la plementería dividida en cuadro grandes lunetos. Toda la techumbre está pintada al fresco, asi como su alto zócalo, con follages polícromos de dibujos góticos al clarooscuro y perfilados de negro como se ven en los patios de la Rábida de San Isidoro del Campo, en la Sala del Consejo del Alcàzar sevillano y en el castillo de Cáceres,

procedimiento usual y corriente en los decoradores fresquistas del siglo XV. Según la preciosa "Guía del Monasterio" notable obrita en su género, publicada por los PP. Rubio y Acemel, en 1458 el P. Illescas, a la sazón obispo de Córdoba hacía una manda para ayudar *a construir* la Librería, Sala del Capítulo, etc., la cual no quedó terminada hasta 1469 a 75 fechas, que poco más o menos, coinciden con las de las pinturas existentes en los monumentos citados.

Había terminado nuestra visita por apremios del tiempo, no porque se hubiesen agotado otros muchos motivos de interés y de curiosidad, como son el edificio mudéjar llamado "Colegio de Infantes "Los Hospitales, Hospederías" y otras dependencias, que acreditan las magnificencias del Monasterio, juntamente con los restos de otras construcciones y edificios que se hallan en los alrededores, y que pueden ser objeto de amenas giras, en que la naturaleza con todas sus pompas y el interés artístico despiertan poderosamente la atención de toda persona inteligente.

¿Como fuimos tratados por los PP. franciscanos? Pues no solo a cuerpo de príncipes, en cuanto al hospedaje, sino como al de reyes, en lo tocante a bondadosísimas atenciones, porque no es posible llevar a mayor grado la finura y la cortesía. Conste, pues, nuestro profundo agradecimiento, que nunca corresponderá con las mercedes de que fuimos objeto.

Próximamente a la una y media nos pusimos

en marcha con dirección a Mérida, a donde nos proponíamos llegar por la tarde. A cada momento volvíamos los ojos hacía la grandiosa mole del monasterio, cuyas líneas iban esfumándose por momentos en el fondo del agreste paisaje, hasta que lo perdimos por completo de vista. Allí quedaba con sus magnificencias y primores constructivos, con sus ámplios y artísticos claustros inundados de luz, llenos de esa poética melancolía que se despierta al calor de los recuerdos, compañera inseparable de las grandezas caídas. ¿Cómo no establecer el contraste entre su pasado y su presente? ¿Cómo no sentir profunda tristeza al considerar lo que fué en sus días de esplendor y lo que es hoy ¿Cómo no llorar los estragos causados por la barbarie y por la codicia en nombre del progreso y de la cultura?

Mercaderes de la política profanaron el santuario de la religión y del arte, y manos criminales y aleves, animadas por un espíritu de salvaje odiosidad a un glorioso pasado, dejaron impresa las huellas de su planta en los venerandos muros de los hermosos patios, en el grandioso templo, por todos los ámbitos del monasterio, en que tantas generaciones acomularon los testimonios de su fe y de su cultura.

La Divina Providencia, en sus altos designios, no ha querido que se realice la obra de la barbarie, deteniéndola en su camino antes de que lograse su consumación, y de nuevo parecen lucir días prósperos o alegres para el his-

tórico santuario. Los estragos de la ruina repáranse, y de nuevo vemos alzarse derruidos muros y galerías, fortalécense los que amenazan derrumbarse, atiéndese con el más loable celo, con la más amorosa solicitud a la restauración de todas las inapreciables joyas artísticas, y los retablos y los libros corales y las telas y ornamentos, todo en suma, es objeto de verdaderos desvelos, debiéndose tan meritísima obra a unos humildes y pobres religiosos franciscanos, que con el incontrastable estímulo de la fe, librando sus gastos, como decía el venerable Mañara, del inmenso tesoro de la Providencia, no vacilan en acometer la magna empresa que se les ha confiado, la cual, Dios mediante, veremos realizada, no sólo devolviendo al monumento en muchas de sus partes sus perdidos esplendores, sino conteniendo eficazmente la destrucción que a otras amenazaba, y salvando de la codicia inestimables tesoros. Si pues a la Orden jerónima debieron la religión y el arte el monumento insigne con todas sus preseas, a la de S. Francisco ha correspondido salvar al uno y a las otras de total pérdida, animada por el mismo nobilísimo espíritu que alentó a los fundadores.

VI

A las cinco de la tarde, poco más o menos llegamos a Mérida con el propósito de visitar las ruinas de su "Teatro romano" que surge ahora a nuestra vista con todos sus esplendores artísticos, después de yacer quince siglos, cubierto por espesa capa de tierra.

No acierto a describir la impresión que me produjo el *despedazado monumento*. Sólo diré que ha sido una de las más profundas que he tenido en mi vida, pues no obstante que he seguido con mucho interés los trabajos que desde el comienzo de las excavaciones ha realizado mi antiguo amigo el docto arqueólogo D. José Ramón Mélida, y a pesar de que en sus cartas se revelan las íntimas satisfacciones que ha experimentado durante el curso de sus felices descubrimientos, la verdad es, que yo creí algo exagerados sus dichos; mas cuando he tenido

la inmensa complacencia de verme rodeado de las imponentes y artísticas construcciones del grandioso "Teatro" me he convencido de que mi amigo se quedaba corto al darme noticias del conjunto que hoy ofrecen las monumentales ruinas. Con bien poco trabajo puede reconstituirlo la fantasía de todo el que tenga ligera idea de la extructura y disposición de lo que fueron aquellas grandiosas fábricas, en que el genio y el poderío romano acumularon incalculables tesoros artísticos. Allí está la grandiosa *cávea* con su gradería en hemiciclo, interrumpida por los *vomitorios* a que daban acceso sendas escaleras, allí el espacio de la *orchestra* destinada a los magistrados y personajes y no a las danzas, a los coros y a los músicos, como en los teatros griegos; frontero el proscenio, la escena misma con sus pórticos de cuya magnificencia y grandiosas proporciones dan perfecta idea las numerosas columnas de bello mármol azulado, caidas al pie de sus basas, viéndose en partes algunas de éstas colocadas en sus mismos sitios, con trozos de fustes, marmóreos unos, y otros de material revestidos de finísimo estuco, conforme los hemos visto en Pompeya. Allí están las habitaciones, *postscenia*, donde se vestían y descansaban los actores, y el foso y cuantas dependencias exigía el destino de estas monumentales fábricas. ¿Qué más pruebas de la suntuosidad del Teatro emeritense que los infinitos trozos de molduras, capiteles, cornisas, frisos, archivoltas, todo de rico mármol blan-

co esculpido con singular maestría y con el más depurado clasicismo; y para mayor confirmación, las admirables estatuas encontradas en su recinto, entre las que descuella la colosal de Ceres, acaso de insigne maestro griego, cuya cabeza me recordó la de la famosa Venus de Milo? No tengo noticias que exista en España ninguna ruina de Teatro romano que pueda, no ya aventajar, pero ni aun emular con éste; y en cuanto a los famosos de Orange y de Arlés, ni son tan magníficos ni están tan completos.

No deja de llamar la atención que este monumento no haya sido objeto de un total despojo, especialmente de los musulmanes, que ocuparon a Mérida desde el año de 715 hasta el de 1230, pues sabido es que aquellos invasores ni reparaban en aprovechar en sus construcciones los miembros arquitectónicos que necesitaban, especialmente capiteles, fustes y basas, ni tampoco en destruir las estatuas de mármol, que calcinaban en sus hornos, a fin de obtener excelente material para mezclas. Tan numerosos y magníficos fueron los monumentos que enriquecieron a Mérida, producto de la cultura romana, que el moro Rasis dijo en su estilo hiperbólico "que non ha hombre en el mundo que cumplidamente pueda contar sus maravillas".

Si nuestros Gobiernos prestaran al Teatro de Mérida todo el interés que merece, si se facilitaran recursos a su ilustre descubridor, podríamos

en plazo breve tener la satisfacción de verlo por aquél reconstruído, obra que coronaría dignamente su labor inteligentísima, que aumentaría en extremo el interés de los turistas que visitan la ciudad romana, y que daría no poca honra a la cultura nacional.

Desde estas pobres y desaliñadas páginas envío mi felicitación más entusiasta y más sincera a mi amigo de siempre, que ve aumentados sus muchos triunfos científicos con este, bastante de por sí para cimentar la reputación de un arqueólogo.

Había entrado la noche y con pena nos retiramos de aquellos lugares hoy solitarios, y en los que un día acudió la multitud ansiosa de presenciar las representaciones escénicas, donde se congregaban los habitantes de la insigne urbe, formando un conjunto indescriptible en que la riqueza y el arte unidos, de que hacían gala matronas y patricios, contrastaban con la pobreza de los siervos relegados en compacta masa humana a lo más alto del edificio, y donde todos, grandes y pequeños arrebatados de entusiasmo presenciarían el desfile de aquellas bizarras y ostentosas comitivas, de caballeros, carros, panteras, camellos y elefantes que admiraban al pueblo, amante siempre de todo lo ostentoso y extraordinario.

La mañana siguiente la ocupamos en visitar un curioso monumento, a que llaman vulgarmente *El Conventual* por haber sido convento de los freires de la Orden de Santiago,

correspondiente al obispado de S. Marcos de León, emplazado en parte del que debió ser alcázar sarraceno. Desde que se penetra en la cerca que limita hoy esta propiedad, vense por todas partes restos de construcciones, de torres y de murallas, y diseminados, miembros arquitectónicos de mármoles esculpidos, y numerosos capiteles pertenecientes al arte latino bizantino, empleado por nuestros visigodos; pero lo que llama poderosamente la atención, es la fábrica del grandioso aljibe, al cual conduce una doble escalinata, que va descendiendo suavemente, hasta llegar al depósito de las aguas. Los muros son de tan sólida y robusta labor, que más parece obra ciclópea que de sarracenos. Aquellas masas de enormes sillares, ajustados, al parecer, sin trabazón ninguna y sin guardar en sus llagas simetría, y la altura considerable de su cubierta, que si no recuerdo mal, es plana, formada también de gruesas piedras, dan un aspecto a la construcción, tan extraño como imponente. Pero, lo que sobre todo despierta el interés del arqueólogo en estas galerías, es principalmente, el empleo en varias de sus partes de grandes trozos de mármol blanco en forma de pilares y de frisos, esmerada obra artística de la época visigoda, cuyos motivos principales son róleos de pámpanos, funículos y otros sencillos motivos. Todo este monumento merece la mayor atención, y debía ser estudiado con todo detenimiento interior y exteriormente, pues tengo por seguro

que de su estudio han de obtenerse muy provechosas enseñanzas. Unas excavaciones en todo el vasto perímetro de la finca actual, creo que darían notables resultados.

Cuál fuera el origen de toda esta notabilísima labor visigoda, aprovechada, como antes dije, por los musulmanes, ignórase, que yo sepa su precedencia, pues bien la de un palacio o de un templo, acredita que el uno o el otro debieron ser de rara magnificencia, que acaso no estuvieron distantes del sitio del aljibe, por lo cual, en los alrededores de este pueden existir enterradas otras partes que se relacionen con las empleadas en aquel.

No había tiempo que perder, y apresuradamente nos dirigimos al "Museo arqueológico" que más propiamente podría llamarse *Almacén.*

Basta solamente tender la vista por los importantísimos objetos que lo constituyen, romanos y visigodos especialmente, y hacerse cargo de la pobreza del local y de la manera como aquellos se hallan expuestos, para apreciar el grado de exquisita cultura de los señores munícipes y diputados provinciales, que así se interesan por los prestigios y buen nombre de la ciudad y por la conservación de las joyas artísticas, testimonio de su glorioso pasado. ¡Qué vergüenza la de ofrecer a los ojos, especialmente de los extraños, casi amontonadas, estatuas, inscripciones y miembros arquitectónicos! ¡Qué dirán de nosotros, los muchos sabios ex-

tranjeros que acuden a ver y a estudiar las antigüedades emeritenses, al hacerse cargo del menosprecio en que las tienen las corporaciones llamadas a velar por su conservación! Achaque antiguo de aquellas debe ser este, de su censurable negligencia, pues así se comprende que años atrás, la mayoría de los objetos de marmol, de barro y de vidrio que se encontraban en Mérida eran adquiridos por los arqueólogos sevillanos, D. Francisco Mateos Gago, D. Antonio Ariza y D. Antonio Sanchez, acreditándolo así muchos de los que se custodian en el Museo arqueológico municipal de esta ciudad, procedentes de las colecciones de los dos primeros señores citados.

Triste fué la impresión que nos produjo la visita del Museo de Mérida, y cuantos cargos se hagan a su Ayuntamiento y Diputación son justificadísimos. No pretendemos imposibles, por ejemplo, que sean instalados con lujo los objetos; en local construido exprofeso, pero, sí que se hallen expuestos, siquiera decorosamente, y para esto bastaría con una poca de buena voluntad, consignando en los respectivos presupuestos pequeñas cantidades, con las cuales poco a poco se fuesen realizando las mejoras más indispensables. ¡Y queremos fomentar el turismo ¿Para qué? ¿Para ofrecer espectáculos tan vergonzosos como éste?

Los ejemplares estatuarios romanos que enriquecen el Museo, y los epigráficos y ornamentales latino-bizantinos son de subido in-

terés y merecen ser expuestos dignamente. ¡Cuanto ganarían las de Agripa y la de Ceres colocadas a una altura conveniente, aisladas y resaltando sobre un fondo apropiado!

Dejamos el Museo, y como visión cinematográfica pasamos por delante del santuario denominado Horno de Sta. Eulalia, que está precedido de un pórtico, sumamente desproporcionado, construido con restos arquitectónicos de un templo dedicado a Marte; y echando una ligera ojeada a la basílica de Sta. Eulalia con sus recuerdos latino-bizantinos, fuimos a ver los monumentales restos del templo llamado de Diana, cuyas hermosas columnas se ven empotradas en la casa de los Condes de los Corbos, el llamado Arco de Trajano, cuyas grandiosas proporciones y atrevimiento constructivo sorprenden y admiran; y sin detenernos apenas delante de la Columna de Sta. Eulalia, que està compuesta por tres magníficas aras romanas del mejor tiempo de sus artes, y por un enorme capitel, que me pareció visigodo, fuimos a la iglesia de Sta. María construida en los albores del siglo XVI, en donde unicamente llamaron mi atención las estatuas yacentes, harto abandonadas, de un caballero y de una dama, esculpidas en mármol blanco; él con traje talar y espada reposa en un nicho del presbiterio, en el lado del evangelio, y ella en la capilla de San Lorenzo, al lado de la epístola. Ambos simulacros datan de fines del siglo XV o de los comienzos del XVI, sin que pasase inadvertido a

mi vista el crucifijo llamado Cristo de la O, que se venera en el altar del lado del evangelio en la capilla mayor, obra, que, si bien recuerda el estilo románico, no creo que sea anterior al siglo XV.

No fué posible detenernos más; teníamos el propósito de regresar a Sevilla al oscurecer de aquella tarde; y era ya muy mediado el día, así pues que terminado el almuerzo nos pusimos en marcha, dejando atrás kilómetros y kilómetros hasta que llegamos a cruzar el puente de Triana a las 7 de la tarde, sin haber tenido, a Dios gracias, el más mínimo tropiezo, llena la mente de gratísimos recuerdos, de los que jamas se olvidan.

POST SCRIPTUM

Al tratar de los ornamentos sagrados de Guadalupe, pasé por alto la siguiente noticia que copio del tomo 3.° de mi *Diccionario de Artífices*, pág. 66: «En 26 de Marzo de 1552 en presencia de Francisco Ramírez escribano, pareció Antón Sánchez de Guadalupe (pintor) y dijo que Luis Sigura había hecho una cenefa bordada de capa y otra de casulla, de imaginería, con su capilla rica, que Fray Sebastián de Ciudad Real, fraile de Guadalupe, le escri-

bió que lo mandase hacer. Antón Sánchez pidió que estas obras fuesen apreciadas por Cosme de Carvajal y Andrés García; los cuales examinaron la capa (que tenía la historia de la Salutación) y cenefas de oro matizado, apreciándola en 38.500 maravedises».

¿Se podría constar si existe dicha capa?

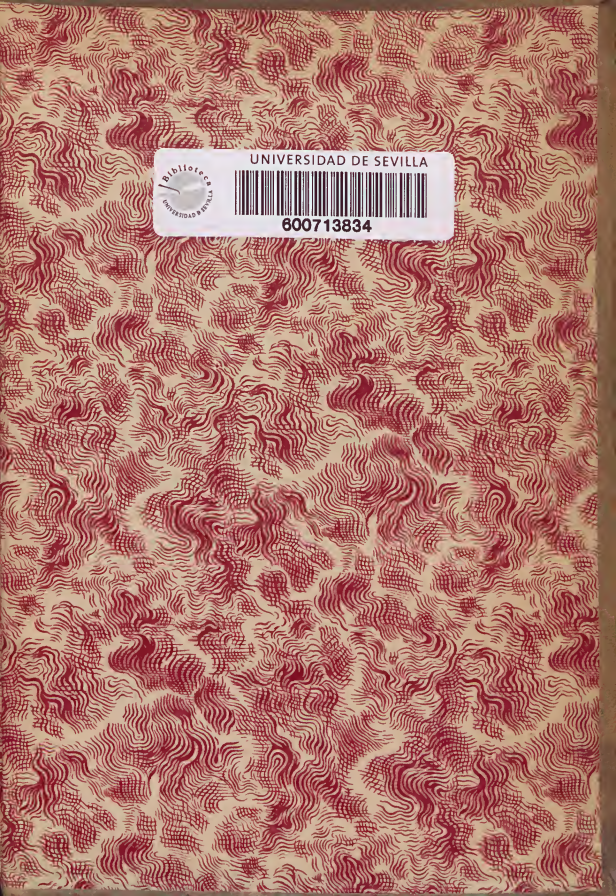
Tienen la palabra mis buenos amigos los P. P. Rubio y Acemel.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE FOLLETO INTITULADO DE «SEVILLA A GUADALUPE» EN LA OFICINA TIPOGRÁFICA DE «EL CORREO DE ANDALUCÍA», SITA EN LA CALLE ALBAREDA, ANTES DE CATALANES, EL DÍA 7 DE AGOSTO DEL AÑO DE NTRO. SEÑOR JESUCRISTO DE MIL NOVECIENTOS Y TRECE AÑOS.



(Tirada de 50 ejemplares.)




Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600713834

